

MINATITLAN.

Primera invasión de Minatitlán.—Antecedentes.—La Sección Ligera.—El Campamento de "Buena Vista."—Asesinato del Capitán Sarlat.—Llegada del Coronel Milán á la costa.—Sorpresa en Tlacotalpam.—Enfermedad del Coronel Lazcano.—Lo releva el General García.

I

LA circunstancia de haber aparecido en el río de Goatzacoalcos dos cañoneras francesas en los últimos días del mes de Abril (1863), á la vez que se tenían noticias exactas de que el *Suizo* Steiklin, con sus cien forajidos, acampaba en Medellín despues de haber cometido toda clase de horrores y asesinatos allí mismo y en sus alrededores, hizo que el Coronel Lazcano dividiera su atención para atender á la seguridad de la costa, amagada por dos distintos puntos á la vez. Al efecto, encomendó al Coronel de caballería D. Manuel Gómez, al servicio de la República despues de la horrosa hecatombe de Atlixco, llevada á cabo por el bandido español Cobos, la formación de una columna volante con el nombre de "Sección Ligera," á la que servirían de pie veterano la caballería del Coronel González, la guerrilla de Luis Domínguez y la guardia nacional de infantería, levantada por el General Arzamendi en toda la jurisdicción de Tlalixcáyam. La referida Sección, á la cual ingresaron como ayudantes los Capitanes D. Miguel Cuesta y D. Leocadio Aviñón, y el Teniente D. I. Monclús, debería extender sus operaciones hasta

Cotaxtla, para tener expeditos los caminos y proteger el paso del Gobernador Milán, conservando siempre un puesto militar en Omealca á fin de resguardar esa entrada al territorio costeño, y vigilar muy de cerca el callejón de "La Laja" y "Paso Vaquero," por cuyos puntos podía el enemigo ocupar á Tlalixcáyam, cortando toda comunicación.

Entretanto Lazcano se trasladó violentamente á Cosoleacaque, á cuyo lugar se había retirado el Teniente Coronel D. Timoteo Elguera, Comandante militar de Minatitlán, con todo el personal de las oficinas del Gobierno que allí existían, á causa de que, cuando menos se esperaba, llegó y tomó posesión del río una cañonera francesa, que aun cuando de momento no desembarcó tropa alguna, se puso en facha para defenderse si era atacada, ó batir la plaza si era preciso. Por extrordinario violento comunicó Elguera el suceso á Lazcano, quien salió inmediatamente de "Conejo" con una sección de infantería y de caballería, llegando á Cosoleacaque dos días despues.

Desde luego dictó las medidas conducentes para asegurar la permanencia de las tropas que acababan de llegar, así como para acabar de trasladar el resto del archivo de las oficinas que residían en Minatitlán; y alojado en la casa del Comandante militar del punto D. J. Vargas, fué tan bien secundado así por éste como por el *gobernador de los indios*, un anciano respetable tan patriota como desinteresado, que á las dos horas la improvisada proveduría estaba sobradamente abastecida de cuanto á la tropa pudiera serle necesario.¹

La cañonera permaneció allí tres ó cuatro días, y sólo una vez disparó por elevación una granada que fué á estallar á la llanura sin hacer daño á nadie; y en otra, unos cuantos riflazos, desde la gran cofa del palo mayor contra el Capitán X....

¹ Por toda recompensa solicitaron los indígenas que se les concediera permiso para sacar en el atrio de la iglesia "la procesión de las Cruces" el Viernes de Dolores, cuyo permiso les fué concedido por estar facultado para ello, en aquella época, la primera autoridad local.

y su asistente, que había ido á la población para conferenciar con los Señores Price y Wright, sobre asuntos del servicio. Fuera de estas demostraciones, que más parecían un alarde de fuerza, justo es decirlo, á nadie molestaron.

Era llegado el momento de establecer el segundo campamento de los tres dentro de los cuales tuvo siempre la idea de encerrar á la costa para prevenirla contra cualquier golpe de mano; y como á su paso por los Tuxtlas y Acayúcam dictó las órdenes más apremiantes para que se le reunieran las fuerzas que hubiera disponibles; y como Elguera concentró en Cosoleacaque las que existían en el Cantón de su mando, y á fines de Mayo el nuevo campamento garantizaba á los pueblos de esa parte de la línea militar de Sotavento, la seguridad de que no serían invadidos por el enemigo, á menos de forzar el paso, para lo cual necesitaba fuerzas muy superiores, de las que, de momento al menos, no podía disponer.

El Coronel Lazcano, á pesar de su fuerza de voluntad y buenos deseos, no habría podido realizar su idea con la prontitud que las circunstancias requerían, si no se hubiera visto muy eficazmente auxiliado por patriotas tan sinceros y desinteresados como D. José M^a Torres, rico propietario y dueño del terreno donde se estableció el campamento, cuyo nombre "Buenavista," perfectamente adecuado, llevó el nuevo campamento militar; por el Dr. D. Francisco de P. Serrano, anciano venerable, cuyas ideas liberales lo habían obligado á emigrar á México desde años atrás, tomando carta de naturalización, á fin de contribuir con el contingente de sus vastos conocimientos y excelentes servicios al adelanto de su nueva patria, ya que eran motivo de persecución por parte del Gobierno que por entonces ejercía el más desenfrenado despotismo en su tierra natal, Cuba, la perla de las Antillas; ¹ por el Teniente Coronel retirado D. Manuel Echeverría, antiguo veterano del ejército que solicitó volver á empuñar las armas

¹ En la época de la invasión desempeñaba el empleo de "balanzario" en la Aduana marítima de Veracruz.

tan luego como el grito de la Nación, herida en su dignidad, se hizo oír en aquellas lejanas regiones; por el ex-Capitán de Ingenieros D. Francisco Arellano, que espontáneamente se ofreció á trazar y dirigir las obras del campamento; por el Capitán D. Francisco Beltrán de Arias, inteligente artillero de la escuela prusiana, en cuyo Colegio Militar se había educado, y que, cubano de nacimiento, residía en Minatitlán hacía mucho tiempo, dedicado á los trabajos de las monterías; y por otros más, nacionales ó extranjeros, entre los que debo hacer mención del Cónsul americano Mr. Jhon Smith, que con el mayor desinterés contribuyeron con su dinero ó con sus gentes, unos á la construcción del campamento, y otros á la formación de *cuadros* que debían servir de núcleo á la guarnición que la cubriera.

Elguera y Serrano, Doctores en Medicina, se ocuparon del establecimiento de una ambulancia y de un hospital; y mientras el primero compartía su tiempo en esto y en la instrucción de sus subordinados, y atender á la provisión de víveres para la tropa, el segundo entusiasmaba con su palabra elocuente á los soldados que iban llegando, y á los trabajadores ocupados en las faenas de construcción. No desperdiciaba un momento siquiera: todos lo escuchaban con placer, jefes, oficiales, tropa, trabajadores; y cada uno de sus discursos, que exaltaba más y más el patriotismo de su auditorio, terminaba con frenéticos aplausos á la República, atrayendo por lo general nuevos soldados voluntarios de entre los últimos, que engrosaban las filas de las compañías que se estaban formando. ¹

¹ Vestido siempre de lienzo, cabalgando un caballo excesivamente manso, y llevando colgados á la cabeza de la silla el bastón y un quitasol, hacía excursiones diarias á las poblaciones y rancherías inmediatas. Una silla, un cajón, una mesa, á veces desde el mismo caballo, eran su tribuna, y desde ahí predicaba la defensa nacional. Luego desempeñó por corto tiempo la Comandancia militar de los Tuxtlas. Murió pobre é ignorado, á una edad sumamente avanzada.

Cosoleacaque se puso á la altura de los pueblos más patriotas, y sus hijos fueron los adalides más infatigables y valientes con que contó Lazcano para sostener los fueros de la Nación.

II

El campamento de "Buenavista," si no tenía los elementos del de "Conejo," poseía todas las condiciones necesarias á su objeto. Situado en un campo tan extenso como salubre, á la vez que dominaba á Minatitlán, podía vigilar, sin peligro alguno la "Barra de Goatzacoalcos" y cualquiera de los centinelas apostados, gracias á la configuración del terreno, descubrir al enemigo desde el momento que intentara penetrar por el río. Inmediato á Cosoleacaque, á Jaltipam, á Chinameca y á Minatitlán, sus reservas estaban á la mano.

La pequeña brigada que en él se concentró estaba formada con las fuerzas siguientes:

Comandancia del campamento.

Teniente Coronel D. Manuel Echeverría.—Teniente Coronel D. Francisco Carrión.

Mayoría de órdenes.

Comandante de batallón D. Valentín Moscoso.

Proveeduría general.

Comandante de escuadrón D. Wenceslao Jiménez.

Pagaduría.

Capitán D. Joaquín M. de Aguilar.

Maestranza y parque.

Capitán D. Francisco Beltrán de Arias.

Cuerpo Médico.

Dr. D. Francisco de P. Serrano.

Ayudantes.

Comandante de batallón D. Manuel Guerrero, Capitán D. Miguel García Miravete, Teniente D. Juan Sánchez, Subteniente D. Juan Aurí.

Infantería.

Batallón Zaragoza.—Teniente Coronel D. Emilio M. Alvarez.—Mayor D. Indalecio Mendoza.

Compañías de Acayúcam.—Capitanes D. Apolonio Puebla, D. Joaquín Aguirre.

Compañía de Catemaco.—Teniente D. Conrado Jerezano.

Compañía de Cosoleacaque.—Capitán D. Francisco Torres.

Caballería.

Voluntarios de Santiago Tuxtla, con música—Comandante D. J. Castellanos.

Rifleros de Goatzacoalcos.—Capitán D. Eulalio Vela.

Piquete de Acayúcam.—Capitán D. Julián Lascurain.

El Coronel Lazcano, con sus ayudantes, estaba alojado en la casa de D. José M^o Torres, situada á unos doscientos metros del campamento. Puede decirse que entre éste y las poblaciones inmediatas se estableció un verdadero paseo, particularmente los domingos: los vecinos y familias de dichas poblaciones iban á visitar á sus deudos ó amigos, soldados ú oficiales de la guarnición, y los vendedores ambulantes establecían su comercio alrededor del campo. Los jueves y los domingos la música de la caballería de Santiago Tuxtla iba á Minatitlán para dar serenata, desde las siete á las nueve de la noche; y á la tropa franca y á la oficialidad se les permitía concurrir también, lo cual reportaba un beneficio en favor del comercio, sobre todo del comercio al menudeo.

Un crimen proditorio vino, sin embargo, á llenar de consternación á aquellos soldados y á los vecinos de aquellas comarcas.

Uno de los oficiales más queridos por sus excelentes cualidades, por su buen juicio y por sus modales caballerosos de la más exquisita educación, el joven Capitán D. Pedro Sarlat, que mandaba la segunda compañía del batallón "Zaragoza," fué cobarde y vilmente asesinado por el cabo Margarito Jara, de la misma compañía, hombre de carácter díscolo, pendenciero y maldiciente. Siempre fueron un misterio incomprendible las causas que impulsaron al cabo Jara á la comisión de tan infame asesinato.

El Capitán Sarlat se hallaba sentado firmando las listas de revista á eso de las diez de la noche del 30 de Junio, cuando un grito de angustia, de espanto, de dolor, de agonía, hizo despertar ó levantarse á los soldados que se hallaban ya acostados. El espectáculo que presenciaron era horrible, aterrador.

Sarlat, bañado en su propia sangre y con una bayoneta clavada casi hasta el cabo en el pulmón derecho, yacía caído sobre la rústica mesa que le servía de escritorio; y Jara, trémulo y acobardado, dirigiendo miradas atónitas, feroces y extraviadas, permanecía á su espalda. El Capitán Pardo, que se encontraba á la puerta del galerón que servía de cuartel cuando se cometió el asesinato, fué el primero que lo aprehendió; y el sargento Vidal quien dió aviso al Comandante Guerrero que funcionaba de Jefe de día. Cuando el Coronel Lazcano, enterado del caso, se presentó en el campamento, la tropa toda estaba en plena insurrección, deseando vengar al infeliz Sarlat, y fué preciso emplear todos los medios de rigurosa disciplina para calmar aquel tumulto que amenazaba un nuevo conflicto.

El Capitán X..... comenzó inmediatamente la instrucción del proceso con los Capitanes Iglesias y Aguilar en los términos breves y perentorios de comprobación del hecho é identificación del reo que determinaba la ley Doblado, expedida *ad hoc* al declararse el país en estado de sitio. Sarlat estaba completamente muerto: el asesino no negó el hecho, aun cuan-

do en lo absoluto quiso declarar cuáles causas lo habían hecho cometer el crimen, y á las cuatro de la mañana fué sentenciado á ser pasado por las armas, por la espalda, con las formalidades de Ordenanza. A las cinco estaba ratificada la sentencia por el Cuartel General, y el sol del nuevo día alumbró dos fosas recientemente cerradas, á buen trecho del campamento, que encerraban, la una, el cadáver de la desgraciada víctima, y la otra, el de su infame agresor.

III

Quince días después, el Coronel Milán llegaba á la costa, á la vez que también lo hacían por distintos puntos algunos Jefes y oficiales de los prisioneros de Puebla, que habían logrado escaparse en Orizaba, y que, con ánimo de presentarse al Coronel Lazcano para continuar prestando sus servicios, se dirigieron á Tlacotalpam, donde unos y otros esperaban encontrarlo. Empero el Jefe de la línea militar de Sotavento se hallaba en San Andrés Tuxtla, gravemente enfermo, al borde del sepulcro, de una fiebre cerebral que puso en gran peligro su existencia, al grado de no responder de él los Doctores Smith y Pérez que lo asistían.

Al tener esta noticia Milán se trasladó á San Andrés, luego que ciertas atenciones del servicio se lo permitieron,¹ encon-

¹ Durante los pocos días que permaneció en San Andrés se hizo querer por sus cualidades como gobernante, y fué obsequiado por los principales vecinos de la población. Visitó el famoso "Salto de Eyipantla," acompañado de muchos hijos de la población, y á su regreso se le invitó para que asistiera á un baile que en su obsequio habían dispuesto familias de la mejor sociedad.

En su ascensión al "Volcán de San Andrés" aconteció un hecho bastante penoso para él. En la mesa de la montaña, en una ancha plazoleta rodeada de aquella arboleda secular y majestuosa que la hace tan imponente, se encontraban esparcidas aquí y allá latas vacías de conservas, restos de botellas rotas, etc., etc. indicando que en tiempos pasados había tenido lugar allí una buena comilitona. Un ayudante de Milán recogió una botella intacta y perfectamente cerrada que contenía dentro un papel enrollado. El ayudante se la entregó á Milán, y éste, queriendo conocer el contenido del papel, rompió la botella

trándolo ya en un principio de convalecencia; y era tal el estado de postración en que quedó, que los mismos facultativos recomendaron que en mucho tiempo no se ocupara de ninguna clase de trabajos, menos aún de los intelectuales. Aquella naturaleza fuerte y vigorosa, á pesar de su avanzada edad; aquella alma de acerado temple, se había gastado demasiado en los nueve meses y veintidós días de constante, improbo y laborioso trabajo, que habían transcurrido desde el día que llegó á la costa, hasta aquel en que no pudiendo resistir más, tuvo que cofesarse vencido ante una enfermedad que lo redujo á la impotencia. Tantos esfuerzos de imaginación, tantas fatigas corporales, tanto abusar de su naturaleza viviendo lo mismo al sol que á la lluvia, durmiendo poco, trabajando mucho, mal alimentado casi siempre, sin cuidarse ni preocuparse por su individuo, porque para él, lo primero, lo único, era la defensa de la patria, dieron el resultado que era de esperarse y que sus amigos le pronosticaban.

Un acontecimiento que tuvo lugar en Tlacotalpam durante los primeros días de su enfermedad, y que por más que su Secretario de campaña, que nunca lo abandonó en su enfermedad, cuidaba de que no llegara á su conocimiento, no faltó un imprudente que se lo hiciera conocer, hizo que su moral se resintiera demasiado, y desde ese día el mal físico tomó más incremento.

El caso fué que una cañonera francesa sorprendió en pleno día á la guarnición, causando un pánico indescriptible entre todas las clases sociales. Los soldados, los vecinos, el mismo Milán que acababa de llegar, todos huyeron á ocultarse á los montes inmediatos, pues no contaban con ningunos medios de defensa para resistir aquella agresión naval, dado caso que

contra un árbol. El papel en cuestión era una especie de protesta contra la Constitución y Leyes de Reforma, firmado por varias personas que se habían reunido para celebrar prematuramente el triunfo de los reaccionarios que bombardeaban á Veracruz. Entre los que firmaban se encontraban algunos que en esos momentos acompañaban á Milán.

hubieran intentado un cañoneo; y luego, cuando la cañonera se regresó á Alvarado, se encontraron que los soldados franceses que saltaron á tierra se habían llevado del cuartel la bandera del batallón de infantería Guardia Nacional, el armamento y las cornetas y cajas de guerra que allí había. "Conejo" había dado la señal de alarma, disparando un cañonazo, pero no hubo quien lo oyera, ó nadie creyó que el enemigo se aproximara á la población.

IV

Las recomendaciones de los facultativos, el mismo estado de postración en que se encontraba el Coronel, y las súplicas que en Tlacotalpam hacían á Milán para que lo relevara del mando, poniendo en su lugar al General D. Alejandro García que, prisionero en Puebla y prófugo en Orizaba, había llegado para conferenciar con el Gobernador y Comandante militar, hizo que éste se resolviera á conferirle el mando, tanto más cuanto que el gobierno de la línea no podía permanecer acéfalo un solo día.

La verdad es, que el referido general había sido nombrado ya por el General Llave, luego que se hizo cargo del mando del Estado, en cuanto al nombramiento de Jefes para las diversas líneas militares en que estaba dividido, para hacerse cargo de la de Barlovento, nombrando al Coronel D. Juan Foster para la de Sotavento, pues deseaba llevarse al Coronel Lazcano á su lado en su expedición al interior del país; pero la circunstancia de que la familia de Foster radicaba en Jalapa, en tanto que la de García residía en Tlacotalpam, hizo que Milán, en ausencia de Llave, hiciera la permuta de ambos Jefes, conciliando así sus intereses y sus conveniencias.

El Comandante Güido se trasladó desde "Conejo" hasta San Andrés, lo mismo que el Teniente Coronel Echeverría lo hizo desde "Buena Vista" para hacer la entrega de todo lo referente al ramo de guerra, constando por los documen-

tos oficiales de que eran portadores, que en aquellos momentos contaba la Costa para su defensa con mil quinientos ochenta infantes, seiscientos caballos, ochenta artilleros, dos campamentos, dos parques y maestranzas, seis piezas de artillería de distintos calibres, y ocho proveedurías situadas y abastecidas en los diversos puntos que las tropas tenían necesidad de recorrer. Además, recursos suficientes, pues las oficinas de hacienda funcionaban con perfecta regularidad, y, sobre todo, mucho entusiasmo entre los costeños.¹

El Coronel Milán regresó á Jalapa escoltado por la "Sección Ligera," y tanto él como sus ayudantes quisieron llevarse al Capitan X....., quien desde luego aceptó, pero el nuevo Jefe de la línea manifestó el deseo de que permaneciera á su lado, porque siendo bastante conocedor del terreno, sus servicios le eran necesarios. Además,—agregó—eran antiguos amigos. Milán no insistió, y el referido Capitán pasó á hacerse cargo de la Comandancia militar de los Tuxtles con encargo de vigilar los Cantones inmediatos y atender á las tropas de "Buena Vista," y promesa de ascenso á Comandante de batallón, en la primera oportunidad que se le presentara, para obtenerlo honrosamente.

V

Lazcano se retiró por algún tiempo á la hacienda de "Montepío," á inmediaciones del mar, para restablecer su salud; y luego, durante la administración del General García, desempeñó las funciones de Inspector de las oficinas de hacienda, habiendo rehusado por motivos de delicadeza, fáciles de com-

¹ Al terminar la campaña, el Sr. Coronel Lazcano dió cuenta al Gobierno general de lo acontecido durante el tiempo de su administración en la costa, imprimiéndose esa "Memoria" con todos los documentos, estados, notas, etc., conducentes al caso. De los ejemplares que se reservó para su archivo no sé quién los tendrá, pues á su fallecimiento, algunos años después, radicaba en San Andrés Tuxtla. No puedo, pues, dar al público esos documentos, que serían de mucha importancia para el objeto de esta obra.

prender, el puesto de Segundo en Jefe que aquél quiso conferirle.

Aunque jamás se quejó de ingratitudes de parte de nadie, conservaba cierto resentimiento contra los tlacotalpeños, que tanto afán demostraban por que fuera relevado, cuando seguramente fué la población que más distinguió. Es verdad que su carácter austero y reservado, y sobre todo, su extremada rigidez en los asuntos del servicio público, eran ciertamente lo ménos á propósito para conciliarse con el de los hijos de Tlacotalpam, siempre dispuestos á la alegría, al bullicio y á la diversión.

Hay un hecho que pinta al vivo el carácter de Lazcano.

Durante una de sus permanencias en "Conejo," llegó un parlamentario de Alvarado conduciendo una carta particular de Maréchal, en la que en cortas líneas lo invitaba á aceptar y cooperar al nuevo orden de cosas que se trataba de establecer en el país. El Coronel Lazcano le contestó en estos términos: "Señor General: Cambie vd. los papeles, y supóngase que yo soy quien le hago esas proposiciones: seguro estoy que no aceptaría.—*Mariano Lazcano.*"

Tal era el hombre que entregó el mando de la costa de So-tavento en la segunda quincena de Julio de 1863.